



Luego de largas caminatas quizás por el Bronx, y antes de tumbarse en su cuarto de estudio, entre lomas y lomas de trastos dispuestos al azar y periódicos de la época -dijo al hablar de sus cajas: “Esto es el mundo” ¿Y quién lo duda? El hábito no hace al monje... ¿Recuerdas al hombre que se colgaba, hasta que lo hizo imaginariamente de un poste, y el hecho de contarlo le daba cierta placidez en mantenerse vivo? Tal es el sentido de las cajas. Es cuestión de tiempo conservarlas en pie.

A su regreso trajo consigo la risa burda de los amantes de paso. Y aunque traté de disimular mi disgusto abriendo las piernas en la medida en que se abre un libro, no habría otro hombre que me incitara al crimen. Hubiera bastado (tendido en su bañera con aguas del Leteo y esencias de mirra) un golpe de hacha y zas, pasto para los buitres. Pero me tembló la mano. Aprendí a contemplar con recelo el cuello blanco de las sirvientas.

Ni leche agria ni pan negro. En la mesilla el libro de Pushkin y cartas a vuelta de correo. Así el invierno, entre el tazón vacío y la picota de la consciencia eslava. “Oh Rus, caballo impenitente, me hartaré de comer corteza de árbol”. Un gancho, un gancho, pensó con horror, una soga para atrincar el pescuezo. Lejos la casa del viejo Pimen y el camino a Tarusa. Allí hubiera querido reposar, a la sombra de un matorral de saúcos.

Para el invierno tejíó un edredón y no un manto de Turín: esa pieza con flores y huesos de arenque. Cuando subió al estrado, pensaba Dios mío sálvame y se aferró a ese clavo... Pero nadie la oyó. La plebe entretanto se negaba a despejar la sala. Según versiones, la noche anterior sostuvo ininterrumpidamente el Tanaj y cenó con desgano (como siempre que se practica algo de riesgo).

Dolores Labarcena. Santiago de Cuba, 1972. Premio Calendario 2002 de poesía *por Las puertas dialogadas*. Reside en Barcelona. Estos poemas pertenecen a su libro inédito “Nunkentachj”.